

## LA IMAGEN DE MARTÍ EN LA ÉPOCA REVOLUCIONARIA

Ángel ESTEBAN  
Universidad de Granada

### *Los antecedentes*

La historia de la recepción de la obra de Martí no es comparable a la de ningún otro literato o intelectual de la América Hispánica, y las consecuencias literarias y extraliterarias de la repercusión y la recepción de su vida y escritos han determinado categóricamente ciertas evoluciones culturales e ideológicas de la Isla. Se puede decir, en palabras de Ottmar Ette, que "la recepción de los textos de Martí y la historia de esa recepción se han convertido, al menos para un público lector latinoamericano, en parte esencial y siempre presente de su obra" (Ette, 27)<sup>1</sup>. Hay que partir, sin embargo, de la base de que los cubanos insulares apenas conocían el nombre de Martí el 19 de mayo de 1895, y mucho menos su obra literaria. El exilio norteamericano era propiamente su lugar de acción y ahí sí era apreciado y aclamado como líder. Y fue precisamente el regreso de los emigrados, durante y después de la guerra, junto con su temprana muerte, lo que dio a conocer su figura en la Isla. La primera iniciativa para guardar su memoria fue la colocación de una placa conmemorativa en la casa natal de La Habana el 28 de enero de 1900, idea y ejecución de los exiliados residentes en Cayo Hueso. Poco después, una asociación compró la casa y la entregó a su madre. En esa época comienza el verdadero culto a Martí dentro de la Isla, que cristaliza en la colocación de una estatua en la calle del Prado, en 1905, primera piedra de un conjunto de monumentos y placas que se colocarán por todo el país en esos años, y ante los que desfilarán multitud de personas cada 28 de enero, aniversario de su natalicio. En las primeras décadas del siglo XX, el interés se centrará en su vida, y en el lamento por la pérdida de un líder que podría haber guiado los destinos de una nación recién independizada y con serios problemas políticos. Por ello, la obra literaria de Martí queda en un segundo plano y apenas se tiene en cuenta. No obstante, en los primeros años del siglo se comenzaron a publicar los primeros tomos de las obras completas, recopiladas por Gonzalo de Quesada, que tuvieron poca acogida en el público general, a pesar de su importancia. Hasta los años 30 no se apreció en Cuba la necesidad de dar a conocer la obra escrita del poeta nacional, por lo que Quesada y otros buscaron su difusión fuera del país.

Francia y Argentina fueron los países más receptivos. Mientras tanto, en Cuba comenzaba la etapa de ficcionalización de la vida del héroe, y se le empezó a describir como santo, semidiós, etc.

La obra *Martí. Novela histórica por un patriota* (1901, anónima), calificó a Martí de Apóstol por su actividad revolucionaria en el exilio neoyorquino, y su éxito dio pie a la publicación de biografías y novelas que convirtieron a Martí en un mito. En 1926 comenzó otra forma de veneración, las Cenas martianas, comidas rituales que imitaban la Última Cena de Cristo. En ellas se partía el pan y se daba a los comensales junto con vino, símbolos del cuerpo y sangre de Martí. También se compuso un Padrenuestro martiano, que se recitaba al término de algunos discursos patrióticos (Henríquez y Carvajal, 66).

Con la dictadura de Machado (1925-1933) Martí comienza a ser utilizado políticamente por tendencias de signo opuesto, y el culto deja de ser unívoco y sentimental, para convertirse poco a poco en ideológico y excesivamente beligerante. Con Machado, Cuba aumenta su dependencia con respecto a los Estados Unidos. A pesar de ello, y sin la pretensión de cultivar la polémica o la contradicción, el dictador publica y distribuye en 1926 veinte mil ejemplares de la obra martiana *Vindicación de Cuba*, en la que critica la postura del periódico norteamericano *The Manufacturer*, que pretendía la anexión, en 1889, de la Isla a los Estados Unidos, por motivos raciales: la inferioridad natural del pueblo cubano. En su defensa, Martí alababa los valores morales de sus compatriotas y señalaba las fisuras del sistema social norteamericano. Así, Machado intentaba convencer al pueblo de la necesidad de defender la independencia sobre el vecino del norte, pero a la vez mantenía una política cada vez más deudora de los intereses norteamericanos. Como reacción ante el eco que estaban teniendo las posturas de algunos intelectuales, apoyando la línea machadiana y reinterpretando equívocamente los textos de Martí, nació la primera fase del Martí marxista, predecesora de la revolución castrista y utilizada por ella para su consolidación. Julio Antonio Mella, fundador de la Federación de Estudiantes Universitarios en 1923, cofundador del Partido Comunista Cubano, y de la Universidad Popular José Martí en 1926, publicaba un artículo ese mismo año en el que animaba a la clase revolucionaria a describir una nueva imagen de Martí, para desvincularlo del imperialismo y presentarlo como amigo del proletariado y como el intelectual hispanoamericano del XIX que más "se asomó a ese gran paraíso del socialismo internacional" (Mella, 17). No obstante, hubo en Mella una continuación del lenguaje hagiográfico y de la caracteri-

zación mítica que había rodeado a otro tipo de discursos anteriores. Mella muere en 1929, en el exilio mexicano, pero su labor es continuada en las décadas siguientes por Roig de Leuchsenring y Antonio Martínez Bello, quienes presentaron el pensamiento político del cubano con una impronta materialista, antiimperialista y socialista. Emilio Roig, por ejemplo, aprovechó la fecha de 1942, cincuentenario de la fundación del Partido Revolucionario Cubano, para organizar un congreso en la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, fundada por él, con los últimos estudios acerca del Martí político. En él se destacó sobre todo Julio Le Riverend, miembro del Ala Izquierda Estudiantil con Machado, al relacionar abiertamente el partido fundado por Martí con las teorías marxistas. Juan Marinello, que durante el castrismo obtendrá una posición privilegiada, estudia ya a Martí en los 40, e incide en los aspectos puramente literarios de su obra aunque, dada su filiación comunista desde 1934, también llegó a considerar que Martí utilizó elementos cercanos al socialismo científico de su tiempo, si bien su orientación filosófica no es fácil de determinar.

Los últimos treinta y los cuarenta suponen una revalorización del Martí escritor, pues aparte de los esfuerzos de Marinello, hay que destacar el eco que comenzaba a tener fuera de Cuba, a juzgar por los estudios de Alfonso Reyes, Gabriela Mistral, Federico de Onís, Juan Ramón Jiménez, Andrés Iduarte, etc. Además, es la época en que las editoriales cubanas acometen la empresa de publicar nuevas ediciones de las obras del maestro. Entre 1936 y 1953 aparecen los 74 volúmenes de las Obras completas, recopiladas por Gonzalo de Quesada y Miranda, en la Editorial Trópico, y en la Editorial Lex, otras de 2 volúmenes, más asequibles al público general, a cargo de Manuel Isidro Méndez.

La paulatina escalada de Batista al poder tiene también, en su base y en cada uno de sus peldaños, raíces martianas. En 1938 Andrés Díaz y Tomás Febles publican el libro *Ayer y hoy. Martí-Batista*, poco después de haber afirmado Batista que para construir una nueva Cuba había que seguir las huellas de Martí y poner en práctica sus enseñanzas. Los autores del libro proponían precisamente a Batista como el auténtico realizador de las ideas martianas. En 1940 gana las elecciones e impulsa la creación de varias Cátedras Martianas, para divulgar el ideario martiano entre la juventud. Asimismo, nace dentro de la Universidad de La Habana el Seminario José Martí, con el fin de editar, estudiar y dar a conocer la obra del prócer cubano. Cuando, en 1952, Batista da el golpe de estado, previendo su derrota en las elecciones de ese año, continúa utilizando el nombre y la obra de Martí para legitimar sus actuaciones antidemocráticas. En primer lugar, terminó la construcción que él mismo había comenzado de una estatua de Martí, en la hoy llamada Plaza de la Revolución. Ade-

más, se aplicó los méritos y logros de la preparación del Centenario del nacimiento de Martí, nombrando una comisión para el seguimiento de todos los actos conmemorativos y convocando la celebración de un congreso internacional en febrero del 53 con más de cien especialistas. A pesar de todo ello, el nombre de Martí no quedará unívocamente ligado a la figura del dictador, ya que en el mismo año nace un movimiento de oposición a Batista, entre los universitarios habaneros, inspirado en las ideas de Martí, que se manifiesta en el asalto al Cuartel Moncada de Santiago el 26 de julio de ese año, y la captura de su líder, Fidel Castro. Este acto, reprimido brutalmente por el dictador, dio alas al movimiento revolucionario frente a la opinión pública. Así, Castro, desde la cárcel escribe y hace circular un discurso, *La historia me absolverá*, en el que invoca al Apóstol y a sus doctrinas para justificar la revolución comenzada, y adopta las premisas ideológicas que expusiera Mella décadas antes. Esta apropiación de la figura martiana irá acompañada en los años siguientes por la sucesión de fotografías donde se observa a Fidel ante un retrato de Martí, subrayando la identificación de las dos personalidades, proceso que obtiene un significado especial a partir del 1 de enero de 1959.

#### *La imagen de Martí en la época revolucionaria*

Con el recurso a Martí y la evolución de los hechos en la década de los 50, consiguió Fidel Castro que un amplio sector de la población le ofreciese su apoyo, porque se habría descubierto al verdadero seguidor de las doctrinas martianas, que supuestamente estuvieron encubiertas y latentes desde 1895 hasta 1953. Así lo ha visto Ottmar Ette: "Esta interpretación figurativa de la historia cubana no sólo contribuyó a que Fidel Castro fuese legitimado y ensalzado, sino también a convertirlo, por así decir, en un Martí más eficaz y mejor, ya que parecía ser capaz de realizar sus ideales. Fidel Castro se presentó a los cubanos como el ejecutor, es más, como la encarnación de José Martí" (Ette, 175). Y el sesgo que se le dio a esa reencarnación fue la del antiimperialismo. La política castrista de expropiaciones, la reforma agraria, y la progresiva alineación hacia el bloque del Este europeo configuraron la ruptura con los Estados Unidos, quienes iniciaron un bloqueo total hacia la Isla. Se reeditaron las obras de Emilio Roig, que hacían hincapié en el antiimperialismo martiano, y Fidel Castro, cuando aceptó la oferta soviética para suministrar cohetes a la Isla en caso de invasión norteamericana, asumió en la Primera Declaración de La Habana, de 1960, los presupuestos ideológicos martianos frente al imperialismo yanqui. Poco más tarde, aprovechando el intento de invasión norteamericana de 1961, con los sucesos de Playa Girón, Castro

afirmó claramente la filiación marxista y socialista de la revolución, invocando el nombre y las doctrinas de José Martí. En 1962, con la Segunda Declaración de La Habana, Castro completa la línea ideológica que comienza en Martí, continúa en él, y se resuelve en Marx, añadiendo un cuarto ingrediente, nada despreciable: Lenin. Se hace coincidir el concepto de imperialismo que desarrolla el soviético con los textos en los que Martí ataca el expansionismo de los Estados Unidos sobre la América Hispánica, sobre todo los de la década de los 90. Asimismo, se colocan por todo el país pancartas con las figuras clásicas de la independencia (Martí, Gómez y Maceo) al lado de los nuevos líderes "cubanos": Marx, Engels y Lenin, con un lema: "Ellos guiaron nuestra acción revolucionaria" (Ette, 185).

La nueva era también afecta al mundo de los intelectuales. Castro señala en *Palabras a los intelectuales* (1961) la política cultural que se va a seguir, y la necesidad de defender la revolución con la pluma, creando un clima hostil a la libertad de expresión. Ese año se funda la UNEAC, instrumento de promoción cultural y artística pero sobre todo *longa manus* del poder político y aparato de control sobre las creaciones de arte. En el acto de constitución, Nicolás Guillén, que sería durante algún tiempo director de la UNEAC, poeta que se había destacado desde los años treinta por una obra abiertamente crítica con el imperialismo norteamericano, definió a Fidel Castro como la resurrección de Martí (Guillén, II, 423 y ss). En otro discurso de Carlos Rafael Rodríguez en el mismo foro, de 1963, éste continuaba la línea oficialista de Guillén retractándose de escritos anteriores donde había señalado grandes diferencias entre Marx y el poeta cubano, y afirmando sin ningún pudor la necesaria relación entre el Manifiesto Comunista, el Manifiesto de Montecristi martiano y *La historia me absolverá*. A partir de este momento, los poetas, narradores, críticos, intelectuales en general toman posturas concretas que van dándose a conocer con el paso de los años. Voy a tratar de resumir las más relevantes.

José Antonio Portuondo, formado desde joven en el marxismo clásico, destacó ya en la mitad de los sesenta las actitudes antiimperialistas de Martí y definió el modernismo martiano en su obra literaria como un reacción personal y generacional frente a los proyectos del enemigo del norte. También se dedicó en los últimos sesenta a realizar una síntesis de la recepción de Martí hasta 1959, criticando la sacralización del personaje, señalando los aspectos positivos de su presentación humana en algunas biografías, pero también haciendo hincapié en el supuesto carácter sesgado de muchas publicaciones, que habrían omitido la enorme importancia del antiimperialismo martiano y su temprano talante revolucionario. Para Portuondo, las luchas juveniles del cubano en pro de la independencia de la Isla serían un antecedente casi inmediato de la revolución castrista, desde el punto de vista ideológico y también

en relación con la praxis revolucionaria. Portuondo jugó asimismo un papel decisivo en la etapa del caso Padilla. Para entonces ya era uno de los principales ejecutores de la política castrista en lo referente al ámbito literario, y había formulado los criterios que iban a regir en la concesión de los premios Casa de las Américas y de la UNEAC. Padilla, que había criticado la obra de Lisandro Otero Pasi6n de Urbino por ideol6gica y carente de calidad literaria, ensalz6 por otro lado la novela del ya exiliado Cabrera Infante *Tres tristes tigres*. Objeto de fuertes cr6ticas por parte del aparato, se present6 al premio de la UNEAC y lo gan6 en 1968. Como puede imaginarse, los comentarios en los medios oficiales sobre la obra y el autor fueron altamente negativos. La autocr6tica p6blica a la que se sometió, despu6s de un mes de c6rcel, en 1971, por supuestas actividades contrarrevolucionarias, constituy6 un esc6ndalo en medios internacionales y un duro golpe al sistema. Notables intelectuales de dentro y fuera de la Isla, como Vargas Llosa, se separaron de la l6nea oficialista. Portuondo dirigi6 la sesi6n de la UNEAC donde tuvo lugar aquella humillaci6n. Una prueba m6s de la fidelidad sin condiciones de Portuondo, involucrando a Jos6 Mart6, tuvo lugar en 1975, cuando se celebr6 un congreso que pondr6a en marcha las nuevas directrices del Partido Comunista Cubano, relativas a la constataci6n de postulados leninistas en sus bases ideol6gicas. As6, subray6 las pretendidas e inexistentes afinidades entre el Partido Revolucionario Cubano de Mart6, el de Mella (marxista y leninista) y el de ese momento. La comparaci6n se centr6 tambi6n en afinidades entre las personas y su pensamiento, no s6lo entre los partidos.

El caso de Cintio Vitier es muy diferente. Sus primeros pasos en el 6mbito literario los da a principios de los 40 en el marco del grupo Or6genes, de orientaci6n cl6sica y erudita, frente a las modas vanguardistas de los poetas de Avance, de la mano de Marinello y Carpentier, entre otros (Navascu6s y Esteban, 23). Con un influjo claro del catolicismo en la mayor6a de los poetas de Or6genes (Navascu6s y Esteban, 22 y ss.), Vitier concibi6 un Mart6 desligado de lo pol6tico, tratado casi exclusivamente como poeta e intelectual preocupado por el mundo del esp6ritu, s6ntesis de la cubanidad literaria. En los a6os 60 publica una serie de art6culos en los que insiste en esa idea, relaciona al cubano con el modernismo, le concede un car6cter cuasi-sobrenatural y apunta tambi6n —he aqu6 la novedad— al protagonismo martiano con respecto a la pol6tica independentista. De todas formas, es necesario aclarar que hasta este punto, Vitier jam6s concede primac6a al pol6tico sobre el literato. Quiz6 por esta negativa, unida a la insistencia en afirmar la base cristiana del pensamiento martiano, Vitier, a pesar de su gran talla intelectual, permaneci6 en un segundo plano durante mucho tiempo. A finales de los 60 es, por fin, nombrado director de la Sala Jos6 Mart6 de la Biblioteca Nacional, y se le enco-

mienda la labor de recoger toda la obra escrita del Apóstol, editada o inédita, y toda la iconografía existente. A la vez que va asentándose en el sistema, sus afirmaciones sobre Martí adquieren nuevos matices. En los años setenta publica algunos artículos donde confronta el pensamiento de Martí con el de Castro y el Che, y considera al Apóstol profeta y adelantado de la revolución castrista. Asimismo, suma a las raíces cristianas de la poesía martiana elementos culturales indígenas que lo convierten en propulsor del mestizaje espiritual no sólo cubano, sino también hispanoamericano (Vitier 1982, 9 y ss).

Otro aspecto que vincula a Martí con la religión y que supuso una coyuntura favorable para el prestigio y la consolidación de Vitier con respecto a la cúpula revolucionaria fue el tratamiento de la teología de la liberación. A principio de los 60 se produce la ruptura absoluta de Castro con la Iglesia Católica y una feroz represión ideológica y persecución religiosa. Ningún católico podía acceder a puesto alguno relevante dentro del aparato, y con frecuencia hubo purgas, detenciones, etc., por esas causas. Esta es quizá una de las razones por las que Cintio fue ignorado durante muchos años. Después de la grave crisis de principio de los 70, el episodio de la embajada del Perú y del Mariel, con la salida de 125.000 cubanos en 1980, y la agudización de las tensiones con los Estados Unidos a partir de 1981, con la creación de Radio Martí y, más adelante, de la Televisión José Martí, Cuba perdió la mayoría de sus apoyos internacionales. Así, el recurso al cristianismo a través de su vertiente revolucionaria de cuño marxista, la teología de la liberación, ofrecía una puerta para la captación de adeptos en ciertos sectores de la Europa occidental izquierdista y una gran parte de la América Latina. Cintio Vitier, simpatizante de la corriente y amigo personal de Gustavo Gutiérrez, fue la pieza ideal para darle propaganda, acercando a Martí a los presupuestos de esa teoría y defendiendo una línea espiritualista posible dentro de la revolución, a la que Fidel Castro dio rienda suelta. De hecho, en la agria polémica que enfrentó en 1987 a Vitier con Luis Toledo Sande, por entonces director del Centro de Estudios Martianos, cada uno de ellos defendía un Martí distinto, no por el tema revolucionario, sino por el carácter espiritual o anticlerical de su pensamiento. El planteamiento de Cintio obtuvo todos los beneplácitos del aparato y se convirtió en nueva guía ideológica en la conferencia inaugural del congreso internacional José Martí, Hombre Universal, celebrada en La Habana en abril de 1992, ante más de 500 delegados de los cinco continentes, en la que dejó entrever con bastante claridad, en presencia del Ministro de Cultura, que la revolución nunca había sido radicalmente atea y anticlerical sino que había dejado siempre una puerta abierta, siguiendo las huellas de Martí, a planteamientos revolucionarios espiritualistas del estilo de la teología de la liberación<sup>2</sup>. En otro orden de cosas, hay que hacer una mención necesaria a la publi-

cación de las obras completas de los últimos años. La anterior edición de las completas, de 1963, con reimpresión en 1975, de 28 volúmenes, supuso una mejora con respecto a las de la Editorial Trópico. En la mitad de los 80, Vitier emprende junto con Fina García Marruz y Emilio de Armas, la empresa de una edición crítica de toda la obra de Martí, comenzando por la poesía. Es sin duda la mejor iniciativa que ha habido en las últimas décadas, aunque en el momento actual todavía no se han publicado más que unos pocos volúmenes. Por lo que respecta a la poesía, puede decirse que se trata de una edición definitiva. La confianza ganada por Vitier le ha llevado en estos últimos años a obtener un reconocimiento acorde con su talla intelectual, pues ha obtenido varios cargos en la Universidad de La Habana y en el Centro de Estudios Marianos, y se ha propuesto su candidatura para el Premio Cervantes.

Roberto Fernández Retamar ha sido quizá la pieza clave en la intelectualidad cubana de esta mitad de siglo. Formado en ámbitos capitalistas norteamericanos, en seguida saluda con entusiasmo a la revolución castrista cuando ésta deriva hacia el marxismo. En el 61 se adhiere, siendo ya directivo en la Casa de las Américas, a la formulación marxista-leninista del legado martiano y castrista. Afirma la rotunda pertenencia de Martí al bloque del Tercer Mundo frente al capitalismo del XIX y se convierte en el portavoz oficial de la visión literaria de Martí y de la teoría acerca de la especificidad de la literatura de los países del Tercer Mundo. Con motivo del caso Padilla, asumió la defensa de la política cultural revolucionaria y escribió su importante ensayo *Calibán*. En él criticaba duramente a los intelectuales y artistas burgueses no sólo cubanos, sino latinoamericanos en general, con palabras muy desagradables para Cabrera Infante, Severo Sarduy, Carlos Fuentes y la mafia mexicana, Borges, Emir Rodríguez Monegal, etc., acusados en bloque, entre otras cosas, de colaboracionismo con la CIA. Despachadas estas cuestiones de principio, proponía su visión de Martí y de la literatura latinoamericana. Basado en los personajes de *La Tempestad* de Shakespeare, *Calibán* de Renan y *Ariel* de Rodó, identifica a Calibán con lo autóctono, y más concretamente con el proletariado, y lo convierte en el símbolo del desarrollo, frente al clásico Ariel de obras anteriores. Con ello también se quiere dar salida a un problema que lleva planteándose desde hace años en la crítica literaria de todo el continente: la búsqueda de la identidad cultural de América Latina. El ensayo concluye con la entrega de Ariel a Calibán frente al utilitarismo de Próspero. El paralelismo de Calibán con el hombre americano oprimido le lleva a invocar de nuevo la figura de Martí, que se identifica con la cultura aborigen, modelo del desarrollo latinoamericano, y que protagoniza la "visión calibanesca de la cultura" (Fernández Retamar, 46). Cuatro años más tarde completa el sistema de pensamiento proponiendo a Martí como el eje sobre el cual va a girar en el siglo

XX la construcción de una propia teoría de la literatura latinoamericana. En su libro de 1975 titulado *Para una teoría de la literatura latinoamericana y otras aproximaciones* parte de Martí, de sus ideas acerca de la literatura y de su voluntad claramente revolucionaria para concluir que una teoría de la literatura es la teoría de una literatura, en este caso la latinoamericana y que, a diferencia de las europeas, dadas sus circunstancias (pertenecer al llamado Tercer Mundo) ha tenido desde su constitución un carácter eminentemente instrumental, al servicio de la revolución del proletariado, por lo que José Martí, Cuba y Fidel Castro tienen un papel rector importantísimo. No extrañará, por tanto, que Retamar se convirtiera en un bastión ideológico de la revolución y que, a falta de menos de dos años para terminar el siglo, continúe siendo el poeta oficial, el Presidente de la Casa de las Américas y el embajador cultural de la Cuba castrista en el mundo en entero.

Todos estos tratamientos de la figura de Martí cobran mayor importancia y actualidad en tres fechas claves:

1. Septiembre de 1989, con la celebración del congreso internacional José Martí contra el panamericanismo imperialista, en el que se permitió la entrada de algunos de los proscritos como el norteamericano Ivan Schulman, y de nuevos investigadores que estaban dando un tratamiento exclusivamente literario o histórico al prócer de las letras cubanas. Este evento fue organizado por el Centro de Estudios Martianos, y en él alcanzó un protagonismo especial su director, Luis Toledo Sande, que ya se había destacado por sus escritos sobre Martí y que en 1997 ha recibido el Premio Nacional de literatura con una nueva biografía sobre Martí.

2. Abril de 1992, aprovechando el 5.º Centenario, con el congreso ya mencionado "José Martí, Hombre Universal". En él, los cubanos continuaron manteniendo sus posiciones, con la única sorpresa, ya comentada, de Cintio Vitier.

3. Mayo de 1995, con la conmemoración del Centenario de su muerte en un congreso internacional que batió todos los records de asistencia de especialistas de todo el mundo, y que permitió la exposición de cualquier tipo de postura, excepto la de los cubanos exiliados. Con ello se cerraba una etapa de necesaria apertura, dada la penuria económica de la Isla y la pérdida constante de apoyos internacionales, pero se mantenía firme la omnipresencia y el imprescindible recurso a Martí como símbolo de un pueblo y su esperanza.

A principios de este año Fidel Castro ha acudido a su última y más desesperada tabla de salvación: la reconciliación con la Iglesia Católica. La visita del Papa también ha estado cubierta por el halo de Martí: Fidel lo ha invocado para justificar la política de estos 40 años y obtener el apoyo del Vaticano en su condena al imperialismo y al bloqueo norteamericano. El Papa ha citado a Martí en

su mensaje de paz, de entendimiento entre los pueblos, respeto a la religión católica, y admiración y comprensión del pueblo cubano y sus valores culturales.

Por último, una escueta referencia a los últimos estudiosos de la figura del cubano fuera de la Isla. Después de los abundantes y fructíferos trabajos de los maestros clásicos como Manuel Pedro González, Ivan Schulman, José Olivio Jiménez, Félix Lizaso, Eugenio Florit, Carlos Ripoll, Noel Salomon, Paul Estrade, Jean Lamore, Ángel Rama, Hans-Otto Dill, etc., ha llegado una generación en los últimos ochenta y los noventa, fundamentalmente europea, que ha renovado la crítica martiana con estudios de gran calidad. Cabe citar a Ottmar Ette (uno de los más destacados), Josef Opatrny, José Ballón, John Kirk, Ada Teja, Susana Rotker, y sobre todo los españoles Carlos Morales, Andrés Sorel, María Luisa Laviana, Mercedes Serna, etc. Alrededor del Centenario de la muerte de Martí se revalorizó su obra en España y varias editoriales acometieron la empresa de publicar lo más destacado de la producción del cubano. Alianza lo hizo con la poesía completa, prologada por Carlos Morales, y una selección de crónicas, realizada por Susana Rotker. Anthropos hizo lo propio con los cuentos completos, Anaya-Mario Muchnik recopiló ensayos y crónicas a cargo de José Olivio Jiménez y Cátedra sumó a la ya clásica edición de la poesía, hecha por Schulman, la novela *Lucta Jerez*, estudiada por Carlos Morales. Hace pocos meses, el Círculo de Lectores, con motivo de las conmemoraciones propias del 98, ha publicado los diarios de Martí, con un breve prólogo de Cabrera Infante. El único aspecto que queda por desarrollar es el de las cartas, pues la edición en Gredos de Manuel Pedro González es muy antigua, está agotada, y es demasiado amplia para ser adquirida por el público general. Resultaría muy útil hacer una selección y acompañarla de un buen estudio introductorio. Se puede decir que con la mayor preocupación por el Martí literario en la Cuba de los 80 y con la pléyade de buenos críticos jóvenes de los 90, más objetivos, la figura de Martí va perdiendo su carácter intocable (Ette, 401 y ss.) y mitificado y se empieza a poner en evidencia tanta letra inútil y tendenciosa, que ofrecía la imagen de un Martí que basculaba entre los extremos del marxismo y el neoliberalismo, el catolicismo y el anticlericalismo, el panamericanismo y el antiimperialismo, el lírico sublime y el revolucionario, el santo y el hombre entregado a los placeres, desvirtuando con frecuencia el sentido de los textos.

## NOTAS

1. Muchos de los datos de este trabajo han sido recogidos de la tesis de Ottmar Ette, que marca un hito en los estudios sobre la obra del cubano y su recepción dentro y fuera de Cuba hasta 1989.

2. Cito a través de las notas que yo mismo tomé, ya que la publicación de las actas nunca llegó a consumarse. Téngase en cuenta que en 1992 Cuba se encuentra en un momento de aguda crisis, tres años después de la caída del muro de Berlín. Eso mismo ha ocurrido con otros eventos importantes donde la concurrencia fue masiva, y las posibilidades de responder económicamente casi nulas.

## OBRAS CITADAS

- Castro, Fidel. *La historia me absolverá*. La Habana: Casa de las Américas, 1974.
- Esteban, Ángel. *José Martí. El alma alerta*. Granada: Comares, 1995.
- Ette, Ottmar. *José Martí. Apóstol, poeta revolucionario: una historia de su recepción*. México: UNAM, 1995.
- Fernández Retamar, Roberto. *Calibán y otros ensayos*. La Habana: Editorial Arte y Literatura, 1979.
- Guillén, Nicolás. *Prosa de prisa 1929-1972*. La Habana: Editorial Artes y Letras, 1975.
- Henríquez y Carvajal, Federico. *Martí. Próceres, Héroes y Mártires de la Independencia de Cuba*. Trujillo: Imprenta San Francisco, 1945.
- Kirk, John. *José Martí, Mentor of the Cuban Nation*. Tampa: Florida U.P., 1983.
- Mella, Julio Antonio. *Siete enfoques marxistas sobre José Martí*. La Habana: Editora Política, 1978.
- Morales, Carlos Javier. *La poética de José Martí en su contexto*. Madrid: Verbum, 1994.
- Navascués, Javier y Ángel Esteban, eds. *Ángel Gaztelu. Gradual de laudes*. Pamplona: Gobierno de Navarra, 1997.
- Vitier, Cintio. *Lo cubano en poesía*. La Habana: Ucar García, 1958.
- . *Temas martianos*. La Habana: Centro de Estudios Martianos, 1982.

The Board of Directors has the honor to acknowledge the cooperation and assistance of the various departments of the University of California in the preparation of this report. The Board also wishes to express its appreciation to the many individuals who have contributed to the success of the University during the past year.

REVENUES

The total amount of revenues received during the year ended June 30, 1949, was \$10,000,000. This amount represents an increase of 10% over the total amount received during the year ended June 30, 1948.

The following table shows the distribution of the total amount of revenues received during the year ended June 30, 1949:

Operating Revenues: \$8,000,000

Non-Operating Revenues: \$2,000,000

The following table shows the distribution of the total amount of operating revenues received during the year ended June 30, 1949:

State Appropriations: \$6,000,000

Private Contributions: \$1,000,000

Other Sources: \$1,000,000